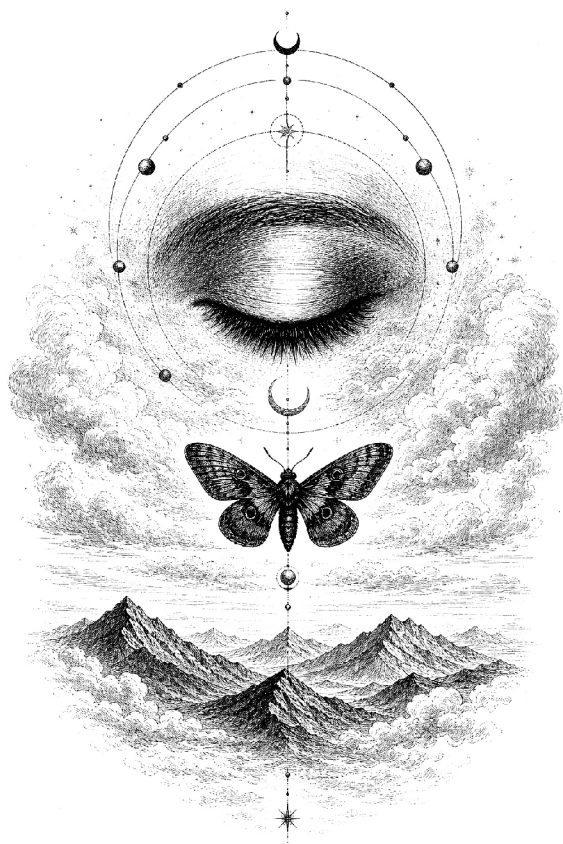


CAPÍTULO I

EL REINO DEL SUEÑO

EL PRINCIPIO DEL MENTALISMO



«EL TODO es MENTE; el universo es mental».

El Kybalion

«[...] En la costa norte de esta isla se alza una ciudad encantada. Su rey se llama Mirakles. Hace miles de millones de años, Mirakles llegó a esta isla deshabitada y, fatigado por el viaje, se tendió en su verde orilla para reponer fuerzas con el sueño. Se tendió y se durmió. Y soñó una ciudad inmensa y miles de súbditos, y a la hermosa princesa Chryzeida, y palacios y jardines [...]. Cuanto soñaba dentro de sí sucedía fuera de él, en la isla, y sigue sucediendo hasta hoy. ¡No existe de verdad: tan solo sucede y sucede sin fin! [...] ¡Todo ello soñado, exhausto de sueño y deseoso, desde hace siglos, de despertar al unísono! Todo desaparecerá sin dejar rastro en el instante en que el rey despierte. [...]»

Bolesław Leśmian, Przygody Sindbada Żeglarza [Las aventuras de Simbad el Marino]¹

— ● —

EL SUEÑO DE LA MARIPOSA

«EL TODO es MENTE; el universo es mental». Así se enuncia el primero de los principios universales de El Kybalion, publicado en 1908 y vinculado a una tradición más antigua. El principio del mentalismo nos introduce de inmediato en el misterio más profundo de la existencia. Es nuestro «billete» para el primer gran viaje: una reflexión sobre la realidad del ser, sobre la verdadera naturaleza de eso que llamamos «realidad». En la interpretación hermética, el universo se sostiene en la Mente del TODO.

La pregunta por la realidad de la existencia ha inquietado durante siglos a sabios, filósofos, científicos y artistas. ¿Hasta qué punto es «real» lo que percibimos con los sentidos: nuestro cuerpo, otras personas, el entorno inmediato, nuestro planeta o, finalmente, el universo entero? ¿Qué veremos cuando consigamos mirar detrás del entramado de la realidad? ¿Es posible que, como en el cuento de Leśmian sobre el rey Mirakles, todos seamos tan solo el sueño de un dios?

El filósofo y sabio chino Zhuangzi expresó bellamente este problema en su célebre relato: una vez soñó que era una mariposa y, al despertar, comprendió que quizá fuera una mariposa que en ese momento soñaba ser Zhuangzi...

Muchos conocemos esa «incertidumbre existencial» y la sensación que la acompaña de que el mundo real no lo es tanto: al terminar un libro apasionante o una película fascinante, al despertar de un sueño especialmente vívido, durante una fiebre o, a veces, después de consumir –o abusar de– ciertas sustancias.

De vez en cuando, esa sensación individual aparece en la cultura a una escala social más amplia. Tal vez de ahí proceda el enorme éxito de la trilogía Matrix, de las hermanas Wachowski: da forma visible a una inquietud que recorre Europa y Norteamérica desde 1989, el final de la Guerra Fría y la publicación del ensayo de Francis Fukuyama «¿El fin de la historia?». En los sótanos del subconsciente acecha una sospecha: que el mundo de la democracia liberal y la prosperidad corporativa sea una ilusión colectiva.

Al estudiar las enseñanzas herméticas hoy, a comienzos del siglo XXI, conviene observar los éxitos culturales y las modas: ofrecen pistas sobre los miedos y deseos que predominan en el inconsciente social. No cuesta advertir que, desde hace décadas,

sucesivas generaciones de adolescentes —«inmortales» gracias a los videojuegos, aburridos de la vida real y rebeldes como siempre— se entusiasman con sagas de vampiros desdichados en el amor y enfrentados entre sí. Al mismo tiempo, sus padres descargan su frustración y su ira viendo, con una perseverancia masoquista, nuevos episodios de series donde ellos mismos aparecen encarnados en zombis. Como esos muertos vivientes aborrecidos, golpeados con palas y quemados vivos, resucitan obstinadamente cada mañana, se ponen la chaqueta o el traje, llevan a los hijos al colegio y vuelven a la rutina agotadora de su cuasivida. Esta imagen dice mucho de cómo percibimos nuestra realidad y de los caminos que podemos seguir para contemplar la sabiduría hermética desde una perspectiva contemporánea.

Llevamos décadas sintiendo que en nuestro mundo «algo no encaja». El arte, también el popular y de masas, capta intuitivamente las corrientes del inconsciente social, las transforma y les da expresión. Accede al lugar donde «despiertan los espectros», abre los cajones secretos de nuestras intuiciones, miedos y deseos e ilumina por un instante lo que permanece invisible incluso a plena luz del día. El arte inspirado, al igual que una filosofía inspirada como el hermetismo, se manifiesta mediante el símbolo y la metáfora. Estos constituyen, en cierto sentido, el «otro polo» de las fórmulas matemáticas que describen las leyes universales de la física o la química. Para conocer algo de nosotros mismos y del universo podemos seguir uno u otro camino, con la esperanza de que nuestra geometría euclidiana cotidiana, tan acorde con el sentido común, y sus axiomas sean solo un «caso particular» de la geometría del universo, una ilusión de los sentidos; y de que esas dos rectas aparentemente paralelas —el arte y las matemáticas— se crucen en algún lugar del infinito...

Ambos caminos del conocimiento, el artístico y el científico, se parecen en cierto modo: los dos requieren talento, un don, una disposición innata. Cultivar el arte o la ciencia –sobre todo cuando esta exige matemáticas avanzadas– requiere también creatividad, dominio de una técnica y oficio, además de una necesidad irresistible de plantearse preguntas importantes y buscar respuestas. Sin embargo, aunque nos falten el talento o las herramientas del artista o del matemático, no tenemos por qué rendirnos. Todos poseemos una llave universal que abre lo que permanece oculto a la razón y a los sentidos: el sueño, o más exactamente, nuestra capacidad de soñar. El sueño no constituye por sí mismo una respuesta, sino una pista que nos conduce hacia una reflexión sobre la naturaleza del universo: la que propone la filosofía hermética y que puede ponerse en diálogo, sin confundir sus respectivos alcances, con algunas teorías científicas recientes.

LOS SENDEROS DE LA NOCHE

Nuestro viaje hermético por el cosmos comienza, pues, en el Reino del Sueño. Todos lo habitamos cada noche y pasamos durmiendo aproximadamente un tercio de la vida, si suponemos una media de ocho horas diarias. Dormir es una necesidad fisiológica. A casi todos nos ha ocurrido pasar una noche en vela y comprobar cómo el cansancio altera la concentración, las reacciones y el estado de ánimo. Podemos volvernos irritables, dispersos e inquietos. Una privación prolongada del sueño puede afectar seriamente al funcionamiento físico y mental; en casos extremos, pueden aparecer alteraciones de la percepción y alucinaciones. Sus consecuencias varían entre personas: no siguen un calendario universal que permita asignar con certeza un síntoma a cada jornada sin dormir.